

CAPITULO XI.

Toma Periquillo el hábito de religioso y se arrepiente en el mismo día.

Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto.

TODO aquel día lo pasé contentísimo esperando que llegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise ir en esa tarde por dar lugar á que el padre de Pelayo hiciese por mí el empeño que habia ofrecido.

Nada ocurrió particular en este día; y al siguiente á buena hora me fuí para el convento de S. Diego, y al pasar por la alameda, que estaba sola, me puse frente á un árbol, haciéndolo pasar en mi imaginacion la plaza de provincial, y allí me comencé á ensayar en el modo de hablarle en voz sumisa, con la cabeza inclinada, los ojos bajos y las dos manos metidas dentro la copa del sombrero

Con estas y cuantas exterioridades de humildad me sugirió mi hipocresía, me marché para el convento.

Llegué á él, anduve por los claustros preguntando por la celda del prelado: me la enseñaron, toqué, entré y hallé al padre provincial sentado junto á su mesa, y en ella estaba un libro abierto, en el que sin duda leía á mi llegada.

Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias en que poco ántes me habia ensayado, y le entregué la carta de recomendacion de su hermano. La leyó, y mirándome de arriba á abajo, me preguntó que si queria ser religioso de aquel convento. Sí, padre nuestro, respondí. ¿Y vd. sabe, prosiguió, qué cosa es ser religioso y de la estrecha observancia de N. P. Francisco? ¿Lo ha pensado vd. bien? Sí, padre, respondí. ¿Y qué mueve á vd. venir á encerrarse en estos claustros y á privarse del mundo, estando como está en la flor de su edad? Papre, dije yo, ei de-



88 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930 261001930

CAPITULO ALFONSO

seo de servir á Dios. Muy bien me parece ese deseo, dijo el provincial; pero qué ¿no se puede servir á su Magestad en el mundo? No todos los justos ni todos los santos lo han servido en los monasterios. Las mansiones del Padre Celestial son muchas, y muchos los caminos por donde llama á los escogidos. En correspondiendo á los auxilios de la gracia, todos los estados y todos los lugares de la tierra son á propósito para servir á Dios. Santos ha habido casados, santos célibes, santos viudos, santos anacoretas, santos palaciegos, santos idiotas, santos letrados, santos médicos, abogados, artesanos, mendigos, soldados, ricos, y en una palabra santos en toda clase del estado. Con que de aquí se sigue que para servir á Dios no es condicion precisa ser fraile, sino el guardar su santa ley, y esta se puede guardar en los palacios, en las oficinas, en las calles, en los talleres, en las tiendas, en los campos, en las ciudades, en los cuarteles, en los navíos y aun en medio de las sinagogas de los judíos y de las mezquitas de los moros.

La profesion de la vida religiosa es la más perfecta; pero si no se abraza con verdadera vocacion, no es la mas segura. Muchos se han condenado en los claustros, que quizá se hubieran salvado en el siglo. No está el caso en empezar bien; es menester la constancia. Nadie logra la corona del triunfo sino el que pelea varonilmente hasta el fin. En la edad de vd. es preciso desconfiar mucho de esos ímpetus ó fervores espirituales, que ordinariamente no pasan de unas llamaradas de *zacate*, que tan pronto se levantan como se apagan; y así sucede que muchos no profesan ó si profesan, es por la vergüenza que les causa el *qué dirán*; y estos tales profesos, como que lo son sin su voluntad, son unos malos religiosos, desobedientes y libertinos, que con sus vicios y apostasías dan que hacer á los superiores, escandalizan á los seculares, y de camino quitan el crédito á las religiones; porque como dice Santa Teresa, y es constante: el mundo quiere que los que siguen la virtud, sean muy perfectos; nada les dispensa, todo les nota, les ad-

vierte y moteja con el mayor escrúpulo, y de aquí es que los mundanos fácilmente disculpan los vicios mas groseros de los otros mundanos; pero se escandalizan grandemente si advierten algunos en este ó el otro religioso ó alma dedicada á la virtud. Levantan el grito hasta el cielo, y hablan no solo de aquel fraile que los escandaliza, sino contra el honor de aquella religion, sin pesar en la balanza de la justicia los muchos varones justos y arreglados que ven en la misma religion y aun en el mismo convento.

Para evitar que los jóvenes se pierdan abrazando sin vocacion un estado que ciertamente no debe ser de holgura sino de un trabajo continuo para cumplir los prelados con nuestra obligacion, y no dar lugar á que las religiones se descrediten por sus malos hijos, debemos examinar con mucha prudencia y eficacia el espíritu de los pretendientes, aun antes de que entren de novicios, pues el noviciado es para que ellos esperimenten la religion; pero el prelado debe examinarles el espíritu aun antes de ser novicios.

En virtud de esto, vd. que desea servir á Dios en la religion, ¿ya sabe que aquí de lo primero que ha de renunciar es de la voluntad; porque no ha de tener mas voluntad que la de los superiores, á quienes ha de obedecer ciegamente? Sí, padre, dije yo. ¿Sabe que ha de renunciar para siempre al mundo, sus pompas y vanidades, asi como lo prometió en el bautismo? Sí, padre. ¿Sabe que aquí no ha de venir á holgar ni á divertirse, sino á trabajar y á estar ocupado todo el dia? Sí, padre; y sí, padre, y sí, padre, respondí á setenta *sabes* que me preguntó, que ya pensaba yo que era llegada mi hora y me estaban sacramentando; y todo este exámen paró en que me dió mi patente allí mismo, advirtiéndome que fuera mi padre á verse con su Reverencia.

Tales fueron mis palabras estudiadas y mis hipocresías, que la llevó entre oreja y oreja aquel buen prelado, y formó de mí un concepto ventajoso. Ya se vé, él era bueno; yo era un pícaro, y ya se

ha dicho lo fácil que es que los pícaros engañen á los hombres de bien, y mas si los cojen desprevénidos.

El bendito provincial al despedirme, me abrazó y me dijo: Pues, hijo mio, vaya con Dios, y pídale á su Magestad que le conserve en sus buenos propósitos, si así sonviene á su mayor gloria y bien de su alma. Dígale todos los dias con el mayor fervor: *confirma hoc Deus, quod operatus es in obis* (1), y disponga su corazon cada dia más y más para que fecundice en él la gracia del Espíritu Santo y produzca frutos ópimos de virtud. Con esto le besé la mano y me retiré para casa.

¿Quién creerá que cuando salí del convento sentí no sé qué de bueno en mí, que me parecia que deveras tenía yo vocacion de ser religioso? No se me olvidaba aquel aspecto venerable del anciano prelado, aquellas palabras tan llenas de uncion y penetrantes que tanto eco hicieron en mi corazon, aquella su prudencia, aquel su carácter amable y aquel todo hechicero de la verdadera virtud, capaz de enamorar al mismo vicio.

En efecto, yo decia entre mí: ¿qué mano que hubiera nacido para fraile, que no lo hubiera advertido, y Dios quisiera haberse valido de este incidente para reducirme y meterme en el camino que me conviene? No hay duda: así debe ser. Yo me acuerdo haber oido decir que Dios hace renglones derechos con pautas torcidas, y éste ha de ser uno de ellos sin remedio. Estos y semejantes discursos ocupaban mi imaginacion en el camino del convento á mi casa.

Luego que llegué á ella, me entré á ver á mi madre y le conté cuanto me habia pasado, manifestandole la patente de admitido en el convento de San Diego. De que mi madre la vió, no sé como no se volvió loca de gusto, creyendo que yo era un jóven muy bueno, y que cuando menos seria yo otro San Felipe de Jesus.

(1) Oh Dios! confirma lo que haz obrado en mí.—E.

No hay que dudar ni que admirarse de esta sorpresa de mi madre, pues si mis maldades le parecian gracias, mi virtud tan al vivo ¿qué le pareceria?

Vino mi padre de la calle, y mi madre llena de júbilo le impuso de todas mis intenciones, enseñándole al propio tiempo la patente del padre provincial.

¿Ves, hijo, le decia; ves como no es tan bravo el leon como lo pintan? ¿Ves como Pedrito no era tan malo como tú decias? El como muchacho ha sido traviesillo; ¿pero qué muchacho no lo es? Tu querias que fuera un santo desde criatura, querias bien; pero hijo, es una imprudencia: ¿cómo han de comenzar los niños por donde nosotros acabamos? Es necesario dar tiempo al tiempo. Ya ves qué mutacion tan repentina. ¿Cuando lo esperabas? Ayer decias que Pedro era un pícaro, y hoy ya lo ves hecho un santo: ayer pensabas que habia de ser el lunar de su linaje, y hoy ya ves que él será el lustre de su familia, porque familia que cuenta un deudo fraile, no puede ser de oscuro principio: yo á lo menos así lo entiendo, y en esta fé y creencia he de vivir, aunque me digan, como ya me lo han dicho, que esto es una preocupacion de las que han echado más raíces en América que en otras partes del mundo; pero yo no lo creo, sino que en teniendo una familia un pariente fraile, ya puede apostárselas en nobleza con el Preste Juan de las Indias, sin haber menester ejecutorias, genealogías, ni esotras zarandajas de que tanto blasonamos los nobles, porque esas cosas solo las saben los parientes y amigos de las casas; pero los estraños que no las ven, no pueden saber si son nobles ó no. Lo que no sucede teniendo un deudo fraile, porque todo el mundo lo ve y nadie puede dudar de que es noble él, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos; y si el dicho fraile se casara, fueran nobles y muy nobles sus hijos, nietos, biznietos, totaranietos y choznos; porque un fraile es una ejecutoria andando. Con que mira si tengo razon de estar contenta, y si tú tambien debes estarlo con la nueva resolucion de Pedrito.

Yo por un agujerito de la puerta habia estado oyendo y figando toda esta escena, y ví que mi padre leyó releyó y remiró una, dos y tres veces la patente, y aun advertí que mas de una vez estuvo por limpiarse los ojos, á pesar de que no tenia lagañas. ¡Tal era la duda que tenia de mi verdad, que á penas creia lo que estaba leyendo.

Sin embargo de esta su sorpresa, oyó muy bien toda la arenga de mi madre, á la que luego que concluyó, le dijo: ¡Válgate Dios, hija, qué cándida eres! ¡cuántas boberías me has dicho en un instante! Si alguno nos hubiera escuchado, yo me avergonzara; pues las familias que en realidad son nobles, como la tuya, no aspiran á parecerlo con el empeño de tener un hijo religioso; ni hacen vanidad de ello cuando lo tienen; antes ese empeño y esa vanidad, es una prueba clara de una no conocida nobleza, ó que á lo menos no puede manifestarse de otro modo; modo ciertamente muy aventurado, y que puede estar sujeto ó mil trácalas; pero esto no es lo que importa por ahora, á mas que la nobleza verdadera consiste en la virtud. Esta es su piedra de toque y su prueba legítima, y no los puestos brillantes, eclesiásticos ó seculares, pues éstos muchas veces se pueden hallar en personas indignas de tenerlos por su mala moral, etc. Lo que importa por ahora es esta patente. Yo me hago cruces y no acabo de entender como es esto. Ayer era Pedro tan libertino y descarriado, que hacia continuas faltas en el colegio por ir á tunantear con sus amigos, ¿y hoy tan sujeto y virtuoso que pretende ser religioso y de una religion estrecha y observante? Ayer tan flojo, que aun para estudiar teología ponía mil cortapizas, y ¿hoy tan decidido por el trabajo de una comunidad? Ayer tan disipado, ¿hoy tan recoleto? Ayer tan uno, ¿y hoy tan otro? No sé cómo será esto.

Yo no ignoro que Dios es poderoso y puede hacer cuanto quiera: sé muy bien que de una Magdalena hizo una santa, de un Dímas un confesor, de un Saulo un Pablo, de un Aurelio un Agustino, y de otros tantos pecadores otros tantos siervos suyos que han edificado su iglesia; pero estos casos no son comunes, porque no es comun que

el pecador corresponda á los auxilios de la gracia; lo corriente es despreciarlos cada instante, y por eso está el mundo tan perdido. No sé por qué me parece que estas son picardías de Pedro. Cállate, dijo mi madre, como tú no quieres al pobre muchacho, aunque haga milagros te han de parecer mal. Sus defectos sí los crees aunque no los veas; pero de su virtud dudas, aun mirándola con los ojos. Bien dicen, en dando en que un perro tiene rabia, hasta que no lo matan.

¿Qué estás hablando, hija? Decia mi padre: ¿qué virtud estoy mirando yo, ni jamás he visto en Pedro? ¿Qué mas prueba de virtud que esa patente? decia mi madre. No, esta patente no prueba virtud, replicaba mi padre; lo que prueba es que tuvo habilidad para engañar al provincial hasta arrancársela por sus fines particulares. Tú harás y dirás todo eso por no gastar en el hábito y en la profesion; pero para eso no es menester que quites de las piedras para poner en mi hijo. Aun tiene tios, y cuando nó, yo pediré los gastos de limosna. Así se explicó mi madre, á quien mi padre, con mucha prudencia contestó; no seas tonta, mujer. No son los gastos sino la experiencia que tengo la que me hace desconfiar de Pedro. Conozco su genio y tengo examinado su carácter, por eso dudo que sea cierta su vocacion. El es mi hijo, lo amo, y lo amo mucho, pero este amor no me quita el conocimiento que tengo de él. Sé que no le gusta el trabajo, que le agrada la libertad, los amigos y el lujo demasiado, y que es muy variable en su modo de pensar. A mas de esto, es muy jóven, le falta mucho para saber distinguir bien las cosas, y todo ello me hace creer que apenas estará en el convento dos ó tres meses, verá el trabajo de la religion y se saldrá. Esto es lo que deseo escusar, no los gastos, pues siempre he erogado gustoso cuantos he considerado concernientes á su bien.

No obstante, yo de buena gana y con la misma voluntad que otras veces, gastaré en esta ocasion cuanto sea necesario y me daré los plácemes de que sea con provecho suyo.

Aquí paró la sesion, y salieron los dos buenos viejos á comer. A la noche me llamó mi padre á solas, me hizo mil preguntas, á las que yo contesté: *amen, amen*, con la misma hipocresía que al provincial: me echó su merced mi buen sermón explicándome qué cosa era la vida de un religioso, cuál la perfeccion de su estado, cuáles sus cargos, cuán terribles son las resultas que se debe prometer el que abraza sin vocacion un estado semejante, y qué sé yo que otras cosas, todas ciertas, justas, muy bien dichas y para mi bien; pero es lo que los muchachos oyen con menos atencion, y así no es mucho se les olvide pronto. Ello es que yo estuve en el sermón con los ojos bajos y con una modestia tal, que ya parecia un novicio. Tan bien hice el papel, que mi padre creyó que era la pura verdad, y me ofreció ir por la mañana á ver al padre provincial: me dió su bendicion, le besé la mano y nos fuimos á acostar.

Yo dormí muy contento y satisfecho, porque los habia engañado á todos, y me habia escapado de ser aprendiz ó soldado.

A otro dia cuando me levanté, ya mi padre habia salido de casa y cuando volvió á ella al medio dia, me dijo delante de mi madre: señor Pedrito, ya ví al provincial: ya está todo en corriente, y de aquí á ocho dias, dándome Dios vida, tomarás el hábito.

Mi madre se alegró, y yo fingí alegrarme más con la noticia.

Comimos, y á la tarde fuí á ver á Pelayo y le dí cuenta del buen estado de mi negocio. El me dió los plácemes de este modo: me alegro, hermano, de que todo se haya facilitado. El caso es que aguantas las singularidades de los frailes, y mas en el año del noviciado; porque te aseguro que las tienen y de marca: pues esto de levantarse á media noche, rezar todo el dia, andar con los ojos bajos, hablar poco, ayunar mucho, pelarse á azotes, barrer los claustros, estudiar y sufrir por toda la vida á tanto fraile grave, es una tarea inacabable, un subsidio eterno, una esclavitud constante, y una série no interrumpida de trabajos, de que solo la muerte podrá librarte; pero en fin, ya lo hiciste y es menester morderte un brazo, porque si no,

¿qué dirá tu padre? ¿Qué dirá tu madre? ¿Qué dirán tus parientes? ¿Qué dirá el provincial? ¿Qué dirán los conocidos de tu casa? ¿Qué dirá mi padre? Y ¿qué dirán todos? Si ahora te arrepintieras, fuera un escándalo para el público, un deshonor para tí y una vergüenza terrible para tus pobres padres; y así no hay remedio, hermano, á lo hecho pecho, dice el refran: ahora es fuerza que seas fraile quieras ó no quieras.

Hay hombres cuyo carácter es tan venenoso que hacen mal, aun cuando ellos piensan que hacen bien. Son como el gato, que lastima al tiempo de hacer cariños. Así era el de Pelayo, que despues que decia que me estimaba, parece que se empeñaba en enredarme ó afligirme, pues primero me pintó que la religion era una *Jauja*, y ya que estuve comprometido, me la presentó como una mazmorra, desacreditándola por ambos lados.

Yo me despedí de él bien contristado, y casi casi ya estaba por retractarme de mis propósitos, pero la vergüencilla y este *qué dirán*, este *qué dirán* del mundo, que es causa de que atropellemos casi siempre con las leyes divinas, me hizo forzar mi inclinacion, hacer á un lado mis temores y llevar adelante mi falsa intentona.

En aquellos ocho dias se prepararon todas las cosas necesarias para mi ingreso; se dió parte de él á todos mis amigos, parientes, conocidos, bien y malhechores, y de todos ellos recibió mi padre mil parabienes y mi madre mil enhorabuenas, que hacian por junto dos mil faramallas, que llaman políticas, ceremonias y cumplimientos; pero que no dejan todas ellas una onza de utilidad, por más que se multipliquen en número.

Mis padres se ocupaban en estos ocho dias en recibir visitas y en disponer lo necesario para la entrada, y yo me ocupaba en andar con Pelayo despidiéndome de mis tertulias, no con poco dolor de mi corazón, pues sentia demasiada violencia en la separacion de mis pecaminosas distracciones.

Mi gran Pelayo se habia propuesto avisar en cuantas partes iba-

mos, de mis nuevos intentos y lo pronto que estaba mi noviciado. Yo le rogaba que los callara, mas á él se le hacia escrúpulo y cargo de conciencia el reservarlos, y como todas las casas que visitábamos eran de aquellos y aquellas que llaman de la *hoja*, me daban mis estragadas terribles, especialmente las mujeres. Una me decia: ¡ay! ¡qué lástima! tan niño y encerrarse. Otra: ¡qué gracia! y tan muchacho. Otra: ¡qué, no se acordará vd. de mí? Otra: ¡á qué no profesa vd? Esta: yo no creo que vd. sea tan bueno para fraile siendo tan muchacho, no feo y con tantas gracias: Aquella: ¡bailador y fraile? vamos, yo lo creo; y así todas, y cuando se ofrecia proferir algunos cuentecillos y palabritas obscenas (que se ofrecian á cada paso) saltaba alguna muchacha burlona con la frialdad de ¡ay niña: ¿quién dice eso? Cállate, no perturbes al siervo de Dios.

Sin embargo de todas estas bufonadas, yo me divertia todo lo posible por despedida. Hacia orejas de mercader y bailaba, tocaba el bandolon, platicaba, seducia y hacia cosas que son mejores para calladas. Tales fueron los ejercicios preparatorios en que me entretuve en los ocho dias precedentes á mi fraileazgo. Así salió ello.

No contento con la libertad que tenia en la calle hasta las ocho de la noche [que hasta esa hora se le estendió la licencia al religioso *in fieri*, ó por ser], ni satisfecho por las holguras que me proporcionaba mi maestro Pelayo, mi génio festivo y la facilidad de las damas que visitábamos, todavía aspiraba á seducir á Poncianita, la hija de D. Martín el de la hacienda que frecuentaba mi casa diariamente; mas la muchacha era virtuosa, discreta y juguetona. Conocia bien mi carácter, y me tenia por lo que era, esto es, por un jóven calavera y malicioso, pero tonto en realidad; y así á todos los mimos y sorrococos que yo le hacia, me contestaba con mucho agrado, pero tambien con mucha variedad, y siempre haciéndome ver que me queria. Con esto yo mas bobo y malicioso que ella, pensaba lograr alguna vez la conquista; pero ella mas honrada y viva que yo, pensaba que esta vez jamás llegaria, como en efecto jamas llegó.

Un dia le dí yo mismo una esquelita que decia una sarta de tonteras y requiebros, y remataba asegurándole de mi buena voluntad, y que si yo no hubiera de entrarme religioso, con nadie me casaria sino con ella. Por aquí se puede comprender muy bien lo que yo era, y cómo es compatible la ignorancia suma, con la suma malicia; pero lo mas digno de celebrarse es la chusea contestacion de ella á mi papel, que decia: *Señorito: Agradezco la buena voluntad de vd., y si pudiera la corresponderia, pero estoy queriendo bien á otro caballero, que si esto no fuera, con nadie me casaria mejor que con vd. aunque sacara dispensa.*

Dios lo haga buen religioso y le dé ventura en lides.—La que vd. sabe.

No puedo ponderar bien las agitaciones que sentí con esta receta. Ella me encoló, me enamoró y me enfureció en términos que esa noche que fué la víspera de mi entrada, apenas pude dormir. ¿Qué tal seria el alboroto de mis pasiones? Pero por fin amaneció, y con la vista de otros objetos, fué calmando un poco aquel tumulto.

Llegó la tarde: me despedí de mi madre, tias y conocidas, á quienes abrazé muy compungido, sin descuidarme de hacer la misma ceremonia con la dómina Poncianita, la que correspondió mi abrazo con bastante desdén, como que estaba presente su madre, y no me queria como me significaba.

Acabada la tanda de abrazos, lágrimas y monerias, nos fuimos para el convento, mi padre, yo, mis tios y una porcion de convidados que iban á ser testigos de mi hipocresía.

Luego la suerte (adversa para mí) presagió mi desventura, en mi concepto: porque el silencio en que íbamos, y la larga série de coches que seguia el nuestro, representaba bien un duelo, y cuantos nos miraban en la calle no pensaban otra cosa. En efecto, á mí y á mis padres se nos podia haber dado el pésame con justicia.

Llegamos á San Diego: se avisó al padre provincial, quien nos recibió con su acostumbrado buen carácter, y montando en el coche en

que yo iba con mi padre, nos dirigimos á Tacubaya, donde está el noviciado de San Diego.

Luego que nos apeamos á la puerta del convento, se dispusieron todas las cosas, y fuimos al coro, donde se celebró la funcion. Tomé el hábito; pero no me desnudé de mis malas cualidades: yo me ví vestido de religioso y mezclado con ellos; pero no sentí en mi interior la más mínima mutacion: me quedé tan malo como siempre, y entónces esperiménte por mí mismo que *el hábito no hace al monje*.

Despidióse mi padre de mí y de aquella venerable comunidad; hicieron lo mismo los demas, y Juan Largo me dió un grande abrazo á poco tiempo le dije: no dejes de venir á verme: él me lo prometió: se fueron todos y me quedé yo solo y curtido entre los frailes, y omo suele decirse, rabo entre piernas, y como perro en barrio ageno.

Inmediatamente comencé á estrañar lo áspero del zayal. Llegó la hora de refectorio, y me disgustó bastante lo parco de la cena. Fui me á acostar, y no hallaba lugar que me acomodara: por todas partes me lastimaba la cama de tablas, y como nunca me habia dado una ensayadita en estas mortificaciones ni de chanza, se me asentaban demasiado.

Daba vueltas y mas vueltas, y no podia dormir pensando en Poncianita, en la *Zorra* y en la *Cucaracha*, y en otras iguales sabandijas, y me arrepentia sinceramente de mi determinacion: renegaba del apoyo que hallé en Pelayo, y me daba al diablo juntamente con la esquila de recomendacion que tan breve me habia facilitado mi presidio, que así nombraba yo mi nuevo estado; pero él no tenia la culpa sino yo, que no era para él.

¿No soy buen salvaje y majadero (me decia yo mismo), en haberme condenado por mi propia voluntad á esta cárcel tan espantosa, y á esta vida tan miserable? ¿Qué caudales me he robado? ¿Qué moneda falsa he fabricado? ¿Qué heregías he dicho? ¿Qué casas he incendiado? ¿Ni qué crimen atroz he cometido para padecer lo que

padezco? ¿Quién diablos me metió en la cabeza ser fraile, solo por librarme de ser aprendiz ó soldado? En cualquiera de estos dos ejercicios me la pasara yo mejor seguramente, porque comiera cuando pudiera hasta hartarme y lo que se me diera la gana: me pusiera camisa mas que fuera de manta: durmiera en colchon si lo tenia, y hasta que se me antojara, el dia que estuviera franco, y por último, gozaria de mi libertad andando entre mis amigos y conocidas en los bailes y jaranitas; y no aquí con esta jerga pegada al pellejo, descalzo, comiendo mal, durmiendo peor y sobre unas duras tablas, encerrado, trabajando, y sin ver una muchacha ni cosa que lo parezca por todo esto. ¡Ah! reniego de mí, y maldita sea la hora en que yo pensé ser fraile.

Así hablaba yo conmigo mismo, y así hablan todos aquellos jóvenes de ambos sexos, y en especial las niñas miserables, que sin una inspiracion de Dios y sin una vocacion perfecta, abrazan el estado religioso: estado santo, estado quieto, dulce y celestial para los que son llamados á él por la gracia; pero estado duro, difícil é infernal para los que se introducen á él sin vocacion. ¡Cuántos, cuántos lo experimentan en sí mismos á la hora de esta, tal vez, y sin remedio! Cuidado, hijos míos, cuidado con errar la vocacion, sea cual fuere; cuidado con entrar en un estado sin consultar mas que con vuestro amor propio, y cuidado, por fin, con echar os cargas encima que no podeis tolerar, porque perecereis debajo de ellas.

Maldiciendo y renegando, como os digo, me quedé dormido cerca de las once y media de la noche, y apenas habia pegado mis párpados, cuando entra en mi celda un novicio despertador, y me dice: hermano, hermano, levántese su caridad, vamos á maitines. Abrí los ojos, advertí que era fuerza obedecer, y me levanté echando sapos y culebras en mi interior.

Fui á coro, y medio durmiendo y rezongando lo que entendia del oficio, concluí mi tarea y volví á mi celda apeteciendo un posillo de

chocolate siquiera á aquella hora, porque ciertamente tenia hambre, pero no habia ni á quien pedírselo.

Reinaba un profundo silencio en aquel dormitorio, y en medio del pavor que me causaba, para entretener mi hambre, mi vigilia y mi desesperacion, me volví á entregar á mis ideas libertinas y melancólicas, y tanto me abstraí en ellas, que derramé hartas lágrimas de cólera y de arrepentimiento; pero me venció el sueño al cabo de las cuatro de la mañana, y me quedé dormido; mas ¡oh desgracia de flojos! no bien habia comenzado á roncar, cuando he aquí al hermano novicio que me vino á despertar para ir á prima.

Me levanté otra vez lleno de rabia, maldiciéndome á guisa de condenado; pero allá en mi corazon y sin hablar una palabra, diciendo entre mí: ¿pues no es esta una vida pesadísima? ¡Habrased visto empeño como el que ha tomado este frailecillo en no dejarme dormir! El es mi *ahuizote* sin duda, es otro Dr. Pedro Recio, pues si el del Quijote quitaba á Sancho Panza los platos de delante luego que empezaba á comer, éste me quita á mí el sueño luego que comienzo á dormir.

Pensando estos despropósitos me fuí á coro, recé más que un ciego, y al cantar abria tanta boca, pero de hambre, porque como la cena de la noche anterior no me gustó mucho, apenas la probé; y así tenia el estómago en un hilo, deseando se acabara la prima para ir á desquitarme con el chocolate, que me lo prometia de lo mucho y bueno, pues habia oido decir en el siglo, que los frailes tomaban muy buen caracas, y cuando en casa habia un pocillo muy grande, decian: este pozuelon es frailero: con esto yo decia entre mí: á lo menos si la cena fué mala, el desayuno será famoso. Sí, no hay duda, ahora me soplaré un tazon de buen chocolate con sus correspondientes bizcochos, ó cuando no, con cuartilla de pan enmantecado por lo menos.

En esta santa contemplacion se acabó el rezo y salimos de coro; ¡pero cual fué mi tristeza y enojo cuando dieron las seis, las seis y

CAPITULO ALFONCINA

139

139



139



Hermano, venga su caridad: tome esas cubetas y vamos á barrer el convento

media, las siete, y no parecia tal chocolate ni pareció en toda la mañana, porque me dijeron que era dia de ayuno! Entonces me acabé de dar á Barrabás, renegando más y con doble fervor de mi maldito pensamiento de ser fraile, y mas cuando fueron otros dos novicios, y presentándome dos cubetas de cuero, me dijeron: hermano, venga su caridad: tome esas cubetas y vamos á barrer el convento mientras es hora de ir á coro.

• Esta está peor, me decia yo: ¡con que no dormir, no comer, y trabajar como un macho de noria! ¿Esto es ser novicio? ¿Esto es ser fraile? ¡Ah, pese á mi maldita ligereza, y á los infames consejos de Pelayo y de Juan Largo! No hay remedio, yo no soy fraile, yo me salgo; porque si duro aquí ocho dias me acaba de llevar el diablo, de sueño, de hambre y de cansancio. Yo me salgo, sí; yo me salgo... pero ¿tan breve? ¿Aun no caliente el lugar y ya quiero marcharme? No puede ser. ¿Qué dirán? Es fuerza aguantar dos ó tres meses, como quien bebe agua de tabaco, y entonces disimularé mi salida fingiéndome enfermo; aunque no habrá para qué afanarme en fingir, pues mi enfermedad será real y verdadera con semejante vida, y plegue á Dios que de aquí allá no haya yo estacado la zalea (1) en estos santos paredones, ¡Qué hemos de hacer!

Así discurría yo mientras subía agua y regaba los tránsitos con la *pichancha*, siempre triste y cabizbajo; pero admirándome de ver lo alegres que barrián los otros dos frailecitos mis compañeros, que eran tanto ó mas jóvenes que yo: ya se ve, eran unos virtuosos, y habian entrado allí con verdadera vocacion, y no por escusarse de trabajar, para holgarse como yo.

El uno de ellos, que era el mas muchacho, era muy alegre, su color era blanco, su pelo bermejo, sus ojillos azules y muy vivos, su

[1] *Estacar la zalea*: [frase familiar]. Morir, con alusion á los borregos que despues de muertos son desollados y sus zaleas clavadas con estacas en el suelo ó en las paredes para secarse antes de curtirlas. Lo mismo significa la otra frase vulgar: *Pelar su indigna rata*— E.